

¿ES POSIBLE EL DIALOGO ENTRE LAS CULTURAS DE ORIENTE Y OCCIDENTE?*

Rvdo. Padre Dr. Ismael Quiles, S. J.

1. EL TEMA DEL COLOQUIO

Este coloquio, destinado a comprender la esencia del diálogo entre las culturas, sus métodos y condiciones y su imperiosa necesidad para todas las naciones del mundo, constituye una contribución para precisar más y más las convergencias y divergencias culturales de Oriente y Occidente. Pero, de hecho, el tema alcanza a todas las manifestaciones culturales del pasado y del presente, ya que la relación entre las culturas de Oriente y Occidente es, en esencia, la misma para todo diálogo de cualesquiera diversas culturas del mundo. No hay diferencias esenciales, sino accidentales; el problema de fondo, la metodología y la actitud coinciden, ya se consideren las coordenadas Oriente - Occidente, Norte - Sur, o toda otra relación entre naciones y continentes.

2. EL ESPIRITU DEL COLOQUIO

Está ya incluido en la enunciación del tema, pero merece ser expresado explícitamente. Se trata de señalar la esencia del diálogo intercultural, en qué consiste, su posibilidad, su necesidad y las condiciones concretas o metodología que tal diálogo requiere. Se trata, ante todo, de recoger los elementos que aporta cierta evidente convergencia de aspiraciones culturales en todos los hombres, en todos los pueblos y en todos los continentes, en medio de sus reales diferencias. Estas no anulan, sino, por el contrario, hacen más patente el fondo humano que une a todos los pueblos.

Cuantos auscultan las condiciones de un futuro de la humanidad, que no sea el de la destrucción suicida, sino de una elevación cada día superior y ascendente, reconocen que el diálogo entre las culturas es necesario. Es necesario, con urgencia dramática, porque es la condición primera para el progreso

* Discurso de Apertura del Coloquio Internacional Oriente-Occidente y 8^a Reunión de Conciliar.

de la humanidad, para la supervivencia del género humano. Es el destino del hombre el que se juega en el campo del encuentro o del choque de las culturas. El diálogo de éstas, el diálogo intercultural, es el que a la vez ofrece un terreno común para todos los hombres y el que más facilita la mutua comprensión de los pueblos, y, por consiguiente, el progreso y la paz entre ellos.

La guerra de las culturas es la base de todas las guerras, y bien sabemos que éstas son la concurrencia de todos los males juntos. Es la tragedia más dolorosa para los individuos y los pueblos. En ella no hay dignidad, ni consideración, ni respeto, ni amor; sino desprecio, destrucción, aniquilación, odio y muerte.

3. LA BASE PRIMERA DEL DIALOGO INTERCULTURAL: EL DIALOGO INTERPERSONAL

Pero, ¿cuáles son las condiciones esenciales que deben tenerse presentes para el diálogo intercultural? ¿Cómo debe realizarse? ¿Qué metodología seguir? Toda metodología debe respetar la naturaleza de la realidad a que se aplica y adaptarse a ella. Por lo mismo, el diálogo entre las culturas debe respetar la naturaleza humana, la única que crea y que intercambia cultura. Aquí se trata de grupos humanos, los cuales, a su vez, están formados por personas. En otras palabras la metodología está aquí signada por el hecho de ser un diálogo entre hombres.

Este diálogo forma una pirámide de diversos niveles. La base más amplia es el diálogo entre los individuos, el diálogo interpersonal: de persona a persona. Sobre esta base que, comprende numéricamente a todos los habitantes del globo sin excepción, se van levantando otras capas cada vez más estrechas, porque los interlocutores son numéricamente menos; así el nivel familiar, el ciudadano, el regional, el nacional, el internacional, el intercontinental, hasta llegar a la cúspide o cúspides con unos pocos bloques que se constituyen representantes de los niveles inferiores, asumiendo la voz en el diálogo intercultural, sea éste bilateral, internacional o mundial.

Como en todos los escalones de la pirámide, en el diálogo de las culturas los interlocutores son seres humanos que deben actuar de acuerdo a su naturaleza humana. Es evidente, en consecuencia, que en el método de todo coloquio cultural debe tenerse en cuenta la estructura y dinamismo esencial del ser humano. Por lo mismo la metodología del diálogo debe responder al modo de ser de la humanidad, es decir, debe ser un coloquio de hombres entre sí, en cuanto son hombres. Ello nos está señalando las leyes metafísicas de la metodología que debe inspirar todo diálogo humano: la naturaleza del hombre, su promoción, su desarrollo integral.

Ahora bien, cuál debe ser esa metodología, aparece con toda claridad cuando atendemos a la base primaria de la estructura del diálogo humano, es decir, el diálogo de persona a persona. Por ésta descubriremos mejor cuál debe ser el diálogo intercultural, es decir entre grupos, entre naciones, que vi-ven culturas distintas. El diálogo interpersonal nos ofrece el esquema y el fundamento del diálogo intercultural. Siempre se trata de diálogo entre seres hu-manos, y, por tanto, tiene sus leyes estructurales propias de los mismos. Estas surgen con más nitidez en el diálogo interpersonal, y por ello éste puede con-siderarse como la base metafísica metodológica del intercultural.

Por lo demás es evidente que si una persona no dialoga con otra, que es el sujeto más definido como interlocutor, mucho menos podrá dialogar con un grupo, que nunca se presenta ni con la proximidad, ni con la cohesión, ni con la calidez que puede tener una persona, la cual estimula el respeto y la com-prensión humana que el diálogo exige.

Es por ello conveniente recordar las leyes esenciales del diálogo inter-personal, que estimamos son las siguientes:

1. *Autoafirmación de sí.* El punto de partida del diálogo de una persona con otra es la autoafirmación del sí personal, de sí mismo, de manera que quien inicia el diálogo esté en sí mismo, porque sólo puede dialogar desde sí, estan-do en sí. No es egoísmo, sino una ley metafísica la que me obliga a ser fiel a mí mismo, como base de mi relación con otro. Si yo no soy "yo", no es pos-ible entablar diálogo con el "tú". El diálogo supone siempre una auto-afirma-ción frente a cualquier otro ser diferente de nosotros, y, en particular, frente al "tú" que se nos presenta como persona, aunque distinta del "yo". Esta es la primera "cabeza de puente" necesaria para el diálogo interpersonal.

2. *Reconocimiento del otro.* Pero una vez autoafirmado en mí mismo frente a la presencia del otro, debo reconocer a éste como tal, es decir, como un ser que tiene también su centro interior, que está en sí y debe actuar desde sí. Por tanto, debo respetar su estructura, si quiero entablar con él una relación o un diálogo que sea verdaderamente humano: de hombre a hombre. En otras pala-bras, después de la afirmación de mi yo y de mi autoconciencia, debo recono-cer el "tú". "Reconocer" es algo más que el simple sentir la presencia del otro, es tomar conciencia de la realidad, del modo de ser y del valor del otro, con-siderarlo interiormente como tal. Reconocer no es simplemente un acto frío de conocimiento, sino que implica un asumir como tal al otro, en su ser y en su dignidad. Sólo entonces el tú es para mí verdaderamente un "tú" y sólo enton-ces siento "yo" que estoy frente a otro yo.

3. Intercomunicación. Después de establecidas las dos cabezas de puente entre mi yo, autoafirmado en sí mismo, y el tú reconocido como, a su vez, autoafirmado en sí mismo, es posible echar los lazos que los unen, es decir, tender el puente de una intercomunicación de acuerdo con la esencia y dignidad del "yo" y del "tú". Entonces queda establecido el auténtico "diálogo interpersonal", entre personas. Único diálogo positivo que enraiza al yo y al tú y que estructura el "nosotros", como un nuevo estado de plenitud para ambos interlocutores.

Esta parece ser la esencia de todo diálogo humano. Ahora bien, el diálogo interpersonal que es el diálogo esencial humano, es el paradigma, el modelo, el esquema, el molde del diálogo entre los grupos humanos, que siempre tiene, como punto de partida, el diálogo interpersonal. Si el intercultural no respeta las leyes, éste no será un auténtico diálogo intercultural, sino una imposición unilateral, arbitraria y destructiva. Por eso la inculturación que no respeta la cultura con la que se está relacionando, y en el grado en que no la respeta, no la "reconoce" sino que "desconoce", "ignora" y por ignorancia la "rechaza", (lo que es grave falta moral) atropella la dignidad de la persona o del grupo y de sus auténticos valores, llegando a veces hasta el monopolismo, el imperialismo, y a veces hasta el genocidio cultural.

4. DIALOGO INTERCULTURAL

Es fácil reconstruir ahora las condiciones, diríamos metafísicas, del diálogo entre las culturas sobre la base del interpersonal.

1. Auto-afirmación. La primera condición ineludible y esencial es que cada cultura se afirme a sí misma, tenga conciencia de sí y de su valor, se presente como tal. Si una cultura no se reconoce y se siente en sí, no es nada, no hay sujeto determinado de diálogo, y, por tanto, no puede éste iniciarse.

Los propios valores serán, tal vez diferentes y extraños para los demás, pero son el modo característico y diferenciado de expresar las mismas vivencias y relaciones humanas individuales y colectivas. Cada cultura tiene su fisionomía propia; es necesario que como tal dialogue. Los grupos humanos necesariamente forman una comunidad de valores, de interpretaciones y expresiones de la vida humana que los diferencia de los otros grupos, como una persona se distingue de otra cualquiera. La soberbia y la autosuficiencia, que son el impedimento para todo diálogo, son muy distintas de la conciencia del propio ser de un pueblo, de sus cualidades y de su aporte a la humanidad. Por eso la autoafirmación es necesaria, siempre que no degenera en exclusividad, y en ceguera para captar valores distintos.

2. Reconocimiento de la otra cultura. Puesta la autoafirmación se puede reci-

bir el impacto de otra autoafirmación cultural frente a la propia. Se comprueba entonces, por contraste, la distinción y la fisonomía de cada una.

Como cada individuo es distinto del otro, así también cada cultura se diferencia de cualquier otra; y como la presencia de otros individuos refuerza por comparación la conciencia del propio yo, así también la presencia de otra cultura sirve para conocer los perfiles característicos de la propia. "Reconocer", es, como en el diálogo interpersonal, tomar conciencia de los valores, de las originalidades, de los rasgos de ese nuevo rostro cultural, y comprobar que son también esfuerzos por apreciar y vivir colectivamente las modalidades posibles, siempre nuevas y siempre inagotables, de la humanidad. Ahí se descubre la significación de la propia cultura y se reconoce su limitación, pero, también, su propia contribución a la realización de la humanidad. Si no reconozco la otra cultura como tal y no aprecio sus valores, no hay diálogo posible. La relación se convierte en un monólogo impositivo de la propia cultura al otro grupo humano. Pierdo los valores que éste tiene y que puedo asumir para enriquecerme, o contemplarlos para admirar las posibilidades inagotables del arte, del pensamiento, de la religión, de la sociedad. Desconozco la esencia propia de las otras personas, que tienen su centro interior, respetable con tanto derecho como el propio, y de los otros grupos sociales que han logrado sus formas típicas de expresión y que tienen derecho a vivirlas frente a nosotros. Lo contrario es un atentado contra la esencia del hombre, y por tanto de la humanidad. Es el imperialismo cultural de que ya hemos hablado, que siempre es "ignorancia" y que degenera no sólo en la imposición de la propia cultura, sino en la opresión en casi todos los órdenes de la sociedad, contra la dignidad humana de cada pueblo y de cada persona: esa dignidad de las personas que de tan diversas maneras ha reconocido la **Declaración de Derechos Humanos** de las Naciones Unidas, porque se considera sagrada para la naturaleza humana.

3. *Intercomunicación.* Sólo cuando se ha realizado ese reconocimiento de la otra cultura desde la propia, es decir, autoafirmándose, a sí previamente, se puede establecer la relación constructiva de un lazo común a las dos culturas, es decir, el auténtico diálogo intercultural. No hay un "yo" si no se afirma frente al "tú"; no hay un "tú" si yo no lo reconozco como tal; y no hay un "nosotros" sin una autoafirmación de sí mismo y un reconocimiento del valor de los otros.

He aquí la esencia y la exigencia del diálogo entre las culturas. Este excluye las imposiciones culturales extrañas a un pueblo, la dominación por la fuerza, el genocidio de un pueblo, que es siempre genocidio de su cultura y que es, por tanto, esencialmente inmoral, tanto más grave cuanto más profundo es el grado en que se practica.

El diálogo comprensivo entre las culturas es la base que previene todo el resto de grandes males que amenazan a la humanidad.

Tenemos en la historia demasiados ejemplos del gran desconocimiento de los valores culturales, destruidos en nombre de otra cultura. Ahí estaba la raíz del despotismo entre las naciones, de la fundamental falla moral del avasallamiento de toda cultura ajena, que ha dejado sembrado el mundo de crímenes, de la destrucción de grandes monumentos artísticos y, lo que es peor, de oprobio y miseria para ciertos pueblos. No había una actitud de comprensión cultural. Faltaba la actitud humana fundamental de reconocer el valor de cada persona y de cada grupo de personas, y el derecho que tienen por esos valores, de vivir y desarrollarse con libertad y plenitud.

5. LA NUEVA CONCIENCIA

De ahí que, en las últimas décadas, haya surgido una nueva conciencia, que mira justamente a la raíz misma de la paz, libertad y dignidad de la persona y de todas sus creaciones como individuo, y como grupo unido por principios e intereses comunes.

Entre las instituciones modernas debemos, ante todo, nombrar con el mayor respeto a la UNESCO. Ya desde sus comienzos proclamó, por su mismo lema, el ámbito común de inteligencia de todos los hombres y la necesidad de la mutua comprensión de las culturas que constituyen justamente ese ámbito común.

En la conferencia de Nueva Delhi en 1956, la UNESCO reafirmó explícitamente la necesidad del conocimiento y comprensión mutua de las culturas, y dedicó un decenio al Proyecto Mayor denominado "Oriente - Occidente". Pero en todas sus conferencias posteriores y en todos sus proyectos de programa y presupuesto incluyó el estudio de las culturas en orden a su mutua comprensión, como uno de los ideales más prioritarios.

Recordemos que las Naciones Unidas, al proclamar la **Declaración de Derechos Humanos**, no hacían sino reconocer la dignidad de la persona humana y la de todos los pueblos, para desarrollarse y, sobre todo, crear su propia cultura. En realidad se establecen las bases del diálogo de las personas entre sí, de las personas con el Estado y de las personas agrupadas en una cultura frente a otros grupos culturales. El respeto a los derechos humanos, postulado en la declaración de las Naciones Unidas, sería por sí solo la mejor garantía para el diálogo intercultural y, por consiguiente, para garantizar el desarrollo y la paz de la humanidad en el futuro.

En otras instituciones no podemos menos que nombrar también a la Iglesia Católica. Ella, en los últimos decenios, ha señalado, como consecuen-

cia de sus principios cristianos, la necesidad de reconocer y respetar todas las culturas entablando con ellas el diálogo respetuoso, comprensivo y aun afectivo. Basta citar los nombres de los Pontífices de los últimos 50 años, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y el actual Juan Pablo II.,

Y entre ellos, el Concilio Vaticano II concretó, en fórmulas magistrales, el valor propio de cada cultura, su autonomía, como realización auténtica humana, y la necesidad del respeto en el diálogo de la Iglesia con las culturas no cristianas y con toda la cultura humana.

El espíritu del Coloquio, que proyectamos en agosto de 1981 en la UNESCO, se inspiraba en las más profundas exigencias de la esencia y de la dignidad de la persona humana. Juan Pablo II había hablado con mucha frecuencia del valor de la cultura, de la necesidad de promoverla y respetarla en todas sus manifestaciones legítimas, sin discriminar la condición del hombre o del pueblo que ha creado esa cultura. Sus visitas posteriores a todos los continentes han sido la oportunidad para que el Papa testimoniara su aprecio, su respeto y simpatía por todos los pueblos y sus culturas, aunque no hayan tenido inspiración cristiana.

Pero fue para nosotros un hecho que nos hizo exultar de gozo, y nos confirmó en el espíritu del Coloquio y en la compensación que todos los esfuerzos para realizarlo significaban, cuando nos enteramos que el 20 de mayo del presente año 1982, Juan Pablo II, con una de sus grandes inspiraciones, creaba el **Consejo Pontificio para la cultura**. Era la institucionalización de esa urgencia del diálogo cultural que todos reclamamos, que las organizaciones internacionales recomiendan y exigen angustiosamente, de ese diálogo en el terreno de la cultura sin restricciones de razas, pueblos, creencias, historias y aspiraciones humanas.

El Documento de Institución del **Consejo Pontificio para la Cultura** sintetiza todo el pensamiento de Juan Pablo II sobre la necesidad y el espíritu del diálogo intercultural sin exclusiones. Este es el espíritu que intenta vivir, lo más profundamente posible, nuestro Coloquio y el que desea promover en la medida ínfima que le es posible, en este campo precioso del encuentro humano, donde aun el más pequeño grano de arena tiene un valor trascendental. No renunciamos a transcribir el párrafo en que Juan Pablo II expresa las finalidades y el espíritu del Consejo: "Este Consejo perseguirá sus finalidades propias en un espíritu ecuménico y fraternal, promoviendo también el diálogo con las religiones no cristianas y con las personas y los grupos que no reivindican religión alguna, en la búsqueda conjunta de una comunicación cultural con todos los hombres de buena voluntad".

Este es en realidad el fin y el espíritu de nuestro Coloquio.

Todas las culturas de la humanidad, por muy distintas, extrañas y misteriosas que parezcan, son entre sí hermanas. Es necesario descubrir la base de esa **hermandad** que es la esencia del hombre, cuyas aspiraciones fundamentales son coincidentes: la justicia, la verdad, la vida, la salud, la sociabilidad, la amistad, el amor, la familia, lo bello, lo útil, lo agradable, la sonrisa y la alegría. Todo nace de la misma esencia. Por muy diversas que sean, podemos decir que las diferentes culturas de la humanidad son en realidad variaciones de un mismo tema: el tema del hombre. Tema que todas tienden a desarrollar a su manera en algún aspecto de las infinitas facetas con que puede manifestarse, siempre inagotable, la cultura humana. "El hombre sobrepasa infinitamente al hombre". Toda la historia cultural de la humanidad no es más que el esfuerzo por manifestar la esencia del hombre, su dignidad, sus insondables posibilidades de crecer, de ser, de vivir y de gozar, sin que ni la filosofía, ni el arte, ni una religión determinada hayan encerrado en sus propios moldes las infinitas expresiones de la cultura humana. El mismo cristianismo que nos da una imagen revelada de la esencia y del destino del hombre, deja, por lo demás, abierto este mensaje a la ilimitada variedad de expresiones culturales de que es capaz el hombre.

Esta es la que podríamos llamar base metafísica del diálogo intercultural. Sin ella los pueblos no pueden subsistir, sino convertirse en lobos feroces que se destruyen mutuamente. Por eso las grandes organizaciones internacionales como la UNESCO, y lo mismo se diga de las grandes religiones, han tomado conciencia de que el diálogo entre las culturas es una cuestión de vida o muerte para la humanidad, porque en él se juega nuestro destino, el destino del mundo, en síntesis, el futuro de la humanidad.

Recordamos el reiterado esfuerzo de la UNESCO por estimular el estudio de las culturas, su mutua comprensión y su diálogo enriquecedor. En ello, está recomendando las condiciones del diálogo intercultural, reclamando la autoafirmación de cada cultura y de sus derechos propios; pero también implícitamente el reconocimiento de las otras culturas y de sus derechos, y, consecuentemente, la vigencia de los intereses coincidentes de todo hombre para el enriquecimiento, cada vez mayor, de las culturas sin que pierdan su identidad.

No puedo dejar de citar también un ejemplo claro y preciso del cumplimiento de la segunda condición del acto cultural: el "reconocimiento" de la otra cultura y de sus propios valores. Nos volvemos a referir a la Iglesia Católica. En la Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, el Concilio expresa su valoración de las diversas religiones, como el hinduismo, el budismo, el judaísmo, el islamismo..., abogando por la fraternidad universal y excluyendo toda discriminación. Veamos, como paradigma,

el texto donde el Concilio reconoce los valores del hinduismo: "Así, en el hinduismo, los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable fecundidad de medios y con los penetrantes esfuerzos de la filosofía, y buscan la liberación de las angustias de nuestra condición, ya sea mediante las modalidades de la vida ascética, ya sea a través de profunda meditación, ya sea buscando refugio en Dios con amor y confianza". He aquí un ejemplo de reconocimiento del valor de otra religión y de su cultura, de su elevación espiritual y de las verdades religiosas que contiene.

6. CONCLUSION

Se ha repetido que el mundo está en profunda crisis. No sólo se cuestionan las grandes conquistas políticas, económicas y sociales sino los mismos valores morales y los culturales: no sólo las potencias, que frecuentemente han desconocido la dignidad y los valores de otras culturas, sino también, se nota la crisis en los pueblos que acaban de nacer a una vida propia y buscan ansiosamente construir su propio destino. Es urgente cambiar la mentalidad de una cultura fundada en la fuerza, en la negación del valor de las personas, de los pueblos y de las culturas, absolutizando los propios valores. Se han querido justificar invasiones políticas y culturales, sin pensar en el imperativo moral del diálogo, que reconoce la dignidad de todas las personas y los valores trascendentales en cada cultura. Era una crisis cultural y por ello moral.

Una nueva época ha surgido para la humanidad a partir de la segunda catástrofe mundial, que destruyó una buena parte de la humanidad. Una nueva conciencia, la de la dignidad del hombre, la declaración de los derechos humanos, el valor de cada cultura, el respeto de las personas y de las culturas y, más todavía, un ferviente anhelo de paz y de amor entre los hombres.

Porque debo confesar que el diálogo cultural no es una pura formalidad especulativa y académica, sino que debe incluir el aprecio de la otra cultura, el afecto hacia quienes la viven; y no puede haber verdadera valoración, aprecio y afecto si no se llega hasta el amor. Esta es la condición para superar la crisis moral y arribar a ese estado de paz y de bienestar material y espiritual a que aspira la humanidad.

Permitidme que termine con una invocación mística. De una mística de la paz y del amor entre todos los hombres, pueblos y culturas. Con ello estamos seguros de que no abandonamos el camino de la razón y de las más exigentes condiciones de la investigación científica, sino que nos acercamos a las altas cumbres de la sabiduría humana, de la comprensión rigurosa de la última realidad del hombre y del universo. Instalados aquí alcanzaremos la visión de la unidad de la ciencia y del universo, cuya cúspide es el hombre.

Bergson ha señalado que en los místicos la humanidad alcanza la realización suprema del ser y del destino del hombre. ¿No es éste el ideal de la ciencia, de todas las ciencias, que en el fondo son ese supremo saber sobre el hombre y su posición en el cosmos? Llegados ahí los grandes principios de las ciencias humanas se viven y aun se formulan con una profundidad émula de su sencillez.

Escuchemos a un místico, Francisco de Asís, juglar de la naturaleza y de Dios, de la paz y del amor entre los hombres. Su "Oración simple" es el mejor repertorio de normas de vida, que quieren en el fondo expresar las ciencias humanas, sociales, políticas y económicas.

*Señor, haz de mí un instrumento
de tu paz.*

Allí donde hay odio

que yo ponga amor.

Allí donde haya discordia

que yo ponga la unión.

Allí donde haya un error

que yo ponga la verdad.

Allí donde haya duda

que yo ponga la fe.

Allí donde haya desesperación

que yo ponga la esperanza.

Allí donde haya tinieblas

que yo ponga la luz.

Allí donde haya tristeza

que yo ponga alegría.

¿Qué fórmula más precisa y más profunda se puede encontrar para el Diálogo Interpersonal y el Diálogo Intercultural? Los hombres de ciencia tenemos la obligación de buscar los caminos concretos para la mejor concreción posible a este ideal.